LA POESIA ANDALUZA EN LA POSTGUERRA

Alfonso CANALES
Univ. de Málaga

Empiezo por decir que no creo en las banderías poéticas, por mucha geografía que las fundamente. A lo más que puede llegarse es a establecer criterios de repetición. Me explico: bajo determinados supuestos sociales, económicos o culturales, los poetas de calidad pueden darse en más o menos abundancia; y hay regiones terráqueas en las que los poetas brotan a fuerza de cultivo, mientras que en otras regiones proliferan de modo espontáneo, como las hierbas. El criterio al que me inclino es, por consiguiente, estadístico.

En definitiva, la estadística nos enseña que *se canta lo que se pierde,* y los andaluces, hasta ahora, lo hemos venido dando todo por perdido de antemano. Perdida ha estado casi siempre Andalucía (digo casi, acordándome de Tartessos y del Califato de Córdoba), en el sentido en que, hasta hace poco, se llamaba perdida a una mujer seducida y abandonada, que acaba por entregarse a eso que, paradójicamente, se conoce como "vida alegre". A los seductores les encanta ver que sus víctimas dan señales de consuelo: eso tranquiliza sus conciencias. Y a las otras víctimas que salen más agriamente respondonas, les irrita que pueda darse un dolor con elegancia llevado, ayes que acaban en música mientras la voz aguante, acumulando la ira para cuando sea posible darle suelta.

Don Miguel de Cervantes —que tanta ocasión tuvo de conocernos— puso a los poetas andaluces en cabeza de los que dieron brillo al oro de un siglo en el que no era oro todo lo que relucía. Se ha hablado de un nuevo Siglo de Oro, a propósito de la llamada generación del 27, y es evidente que esa generación se fraguó aquí en el sur de la Península: de los diecisiete poetas que recogió Gerardo Diego en su *Antología* de 1931, sólo seis no eran andaluces.

Hay quienes sostienen que la Guerra Civil española fue medicina salutífera para nuestro doliente país. Otros opinan lo contrario. Yo ni entro ni salgo en esa discusión que tiene visos de no terminarse nunca. Pero me atrevo a afirmar que nuestra guerra del 36-39 causó estragos en el panorama poético andaluz. Sirva de ejemplo lo que pasó con los once poetas andaluces que figuran en la citada *Antología* de Gerardo. Antonio Machado buscó refugio en Francia, y allí, en Collioure, en una pensioncilla de mala muerte (que ahora se lucra de la suya), acabó, según había predicho,

"casi desnudo, como los hijos de la mar".

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERR
Centro Virtual Cervantes

Su hermano Manuel derivó hacia vate oficial, y bien que ha pesado tal derivación en su reciente Centenario. Juan Ramón Jiménez —siempre tan exquisito— no pudo soportar el ruido de las bombas que, a veces, para colmo del horror, incluso destruían las inocentes margaritas que suelen crecer en las cunetas de los caminos, para uso de Plateros peludos y suaves: emigró a las Américas, y se desentendió de nuestros ordinarios ademanes bélicos. José Moreno Villa, puente trazado entre dos generaciones andaluzas de poetas, hizo lo propio: amaba con demasía las formas nórdicas de convivencia, y decidió, allá en Méjico, poner su *Vida en claro* (debió morir en Suecia, en Noruega o en Dinamarca: e incluso creo que si no tuvo una muerte escandinava fue debido a la otra guerra organizada por Hitler). De Federico García Lorca más vale no hablar, aunque es posible que sobre su muerte todavía no se haya hablado bastante: entre todas las versiones ofrecidas para buscar las razones de su asesinato (si es que puede haber razones para asesinar a alguien), me inclino por la de Antonio Gala, publicada bajo el título de "Nota necrológica", en la revista "Sábado gráfico". Por lo visto, en agosto del 33, se dio a la luz en León una entrevista con el poeta. El periodista le preguntaba si "a su juicio, debe el artista vivir emancipado del morbo político", y contestó: "Totalmente. El artista debe ser única y exclusivamente eso: artista. Con dar todo lo que tenga dentro de sí ya hace bastante. Lo contrario es pervertir el arte". Añadía: "Ahí tienes el caso de Alberti, uno de nuestro mejores poetas jóvenes, que luego de su viaje a Rusia ha vuelto comunista, y no hace poesía, aunque él lo crea, sino mala literatura de periódico. El artista es siempre anarquista, en el mejor sentido de la palabra." Lorca arremetió igualmente contra Valle Inclán, contra los Quintero y hasta contra Azorín. Del teatro español dijo: "Es un teatro hecho por puercos para puercos". Está en lo cierto Gala al afirmar que, en un país como el nuestro, es absurdo seguir especulando sobre las causas del asesinato de Lorca. El caso es que nos dejó huérfanos, no sólo de su poesía, sino también de su insobornable libertad crítica, por la que hubo de pagar el alto precio de la muerte.

Rafael Alberti dijo que la muerte se había equivocado; que, a veces, según aseguraba Rilke, unos mueren con las muertes de otros, y que a él le correspondía la de Federico. Rafael se marchó también a América. Rafael, en su deseo de no poner océano por medio, se limita ahora a poner mar, y vive en Roma. Rafael Alberti se ha preguntado sobre qué hacían mientras tanto los poetas andaluces. Los poetas andaluces nos hemos interrogado también, en muchas ocasiones, sobre qué hacía, mientras tanto, por nosotros, Rafael Alberti.

A Fernando Villalón Daoiz no pudo afectarle la Guerra Civil, porque en 1936 se cumplieron los seis años de su muerte. Su poesía, a veces señoril, a veces simplemente señoritil, tuvo epígonos aún más lamentables que los engendrados por el *Romancero gitano* de Lorca. En 1944 se hizo una bella reedición de parte de los poemas de Conde de Miraflores de los Angeles, que contribuyó, junto con la biografía elaborada por su deudo Manuel Halcón, a un esclarecimiento de su memoria (más arraigada siempre en sus mitologías personales —aquello de la crianza de toros bravos con ojos verdes— que en los indudables valores de su también mitológico andalucismo).

Emilio Prados, Manuel Altolaguirre y Luis Cernuda fueron a parar a Méjico, como Moreno Villa. De los tres, sólo Altolaguirre logró morir en España, accidentalmente (en los dos sentidos del adverbio).

Prados y Altolaguirre sólo dejaron aquí escuela tipográfica. En cambio Cernuda llegó a ser el gran motor del rebrote que la poesía andaluza consiguió en la dura década de los 40.

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERR
Centro Virtual Cervantes

Aleixandre se quedó en España y, desde dentro, logró para su obra un crecimiento paralelo al que desde fuera proporcionó Cernuda a la suya. De todas formas, hubieron de pasar ocho años sobre el estallido de la contienda, hasta que, en 1944, publicara *Sombra del Paraíso,* libro de evocaciones malagueñas que, junto con *Hijos de la ira,* de Dámaso Alonso, sirvió para marcar las direcciones perdidas y tan afanosamente buscadas.

¿Qué hicieron los poetas andaluces no emigrados, en los confusos años que mediaron entre el 36 y el 48? Adriano del Valle navegaba entre "por el Imperio hacia Dios" (paradójica consigna al uso) y los gozos del río Guadalquivir. José Carlos de Luna suministraba material a los *shows* del amanerado recitador cartameño Pepe González Marín, histrión al que la burguesía regional vitoreaba con entusiasmo.

Luis Rosales se asociaba en Madrid con Luis Felipe Vivanco, en esa tarea que ahora se llama "pensar juntos", con el fin de encontrar una salida airosa a una labor tarada por las consignas. José Antonio Muñoz Rojas se atrevía a alumbrar unos pocos sonetos de verdad, para aviso de los que navegaban entre sonetos de mentira, hechos a base de las plantillas suministradas por los que se proclamaban "jóvenes creadores". Junto a Rosales y a Muñoz Rojas, otros pocos andaluces criados en los antiguos regímenes seguían su labor silenciosa, aferrados a la verdad poética: Rafael Laffón, Pedro Pérez Clotet, Joaquín Romero Murube..., pocos más. Desde el otro lado de Despeñaperros, llegaban gritos. José Luis Cano —andaluz de Algeciras y de Málaga— trató de poner orden en el centralizado guirigay de los que no sabían qué eco tomar ni a qué carta quedarse.

La revista "Espadaña", de León, no nació para ofrecer una actitud poética de fondo, frente a las actitudes de forma de los andaluces. Su contraposición a "Cántico" (publicación cordobesa regentada por Ricardo Molina, Pablo García Baena y Juan Bernier) vino más tarde. "Espadaña" surgió de la rebeldía que llegó a suscitar en las provincias el centralismo frívolo y oficialmente propagado de los que se consideraban pontífices. "Cántico" fue otra consecuencia de esa rebeldía, aun cuando, toreando a plaza partida, "Espadaña" y "Cántico" llegaran a ser rivales, por sus diferentes modos de enfocar su oposición hacia lo falso. Mientras los poetas de Despeñaperros para arriba encontraron en "Espadaña" un órgano de coherencia, para rebelarse ante el conformismo, los poetas de acá pugnaron por recobrar la palabra perdida, la destruida belleza, suturando con gracia y sabiduría la herida abierta por la guerra, para que no padeciese la homogénea evolución de la poesía andaluza.

Andalucía —ya se sabe— está hecha de aluviones. Pero algo hay en lo andaluz que se continúa, desde Séneca y Lucano hasta Ibn Házam y Al-Motamid, desde Maimónides e Ibn Gabirol hasta Juan de Mena, y desde Juan de Mena hasta Góngora, hasta Jáuregui, hasta Soto de Rojas u Ovando, etc.

No puede llamarse esteticismo al *savoir faire,* ni frivolidad al *trobar ric.* La poesía más eficazmente contestataria será siempre la mejor hecha. Porque la poesía es ya, de por sí, una contestación frente a la usura de los que creen, sin ningún fundamento, hacer la Historia a base de fuerza interina. El mero hecho de hacer poesía implica —si el menester se ejerce con probidad— la más eficiente de las rebeldías, ante quienes no se resignan a admitir que sus pedestales están comidos de carcoma. A la pasión de mando, los poetas, sólo por el hecho de ejercer como tales, suministran un gusano de humildad que acaba por prevalecer en el tiempo.

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERR
Centro Virtual Cervantes

La labor realizada por los poetas de "Cántico" fue mucho más saludable, a la hora de la verdad, que la intentada por los poetas de "Espadaña". Hay un diálogo poético en el *Poema del cante jondo* de Federico, que puede ilustrar, no como realización —pues, a mi juicio, es malo—, pero sí como ejemplo, lo que acabo de decir. Me refiero a la "Escena del Teniente Coronel de la Guardia Civil", donde se desarrolla el imposible interrogatorio de un gitano poeta por las fuerzas del orden. Insisto en que el desarrollo de este pseudo-poema es topiquero y fácil. Pero el genio de García Lorca no dejó de depositar en él una enseñanza. Mientras el representante del poder constituido formula, sequedad tras sequedad, las generales de la ley policial al uso, el gitano contesta con palabras que no encajan con las preguntas, como si hubiera aprendido castellano por el método Olendorf. El que interroga acaba vulnerado por algo tan imposible como "naranjas de nieve", y su alma de tabaco y café con leche huye por la ventana, mientras un sargento grita ¡socorro! Los poetas de "Cántico", dando nueva fuerza a las constantes de la poesía andaluza, hicieron gritar ¡socorro! a los vates de flor natural.

Lo malo fue que las provincias del norte no comprendieron la voz de las provincias del sur. Y todavía nos queman los destemplados versos de Gabriel Celaya, que intentaban medir con la misma vara de jacarandosería cursi de los señoritingos sentimentalones a lo Quintero León y Quiroga, y el dolorido andalucismo de un Alvarez Ortega, de un Caballero Bonald, de un Soto Vergés o de un Julio Mariscal Montes.

Fue Vicente Aleixandre quien puso orden en aquella confusión.

A la beneficiencia de Aleixandre le debe mucho también la reciente, la contemporánea y la postcontemporánea poesía malagueña. Permitidme que hable de ella, pese a aquello de que, para hablar de una pecera con conocimiento de causa, es requisito imprescindible no ser pez. La pecera de la poesía malagueña (cuyas aguas fueron renovadas por Vicente Aleixandre en repetidas ocasiones) estaba casi vacía en 1937. Moreno Villa, Prados y Altolaguirre quedaron al otro lado de las trincheras. Muñoz Rojas estaba en Inglaterra. Hinojosa había sido asesinado en el mes de agosto anterior. De la imprenta "Sur", la que había alumbrado a la revista "Litoral", se incautó José María Amado, en nombre del Nuevo Orden, y la rebautizó con el marbete de "Dardo", marbete que pronto presidió la portada de una revista que se proclamaba —son palabras de Amado que cito entre comillas— "humilde átomo de la Revolución Nacional-Sindicalista española, inquieta molécula del Movimiento Fascista mundial".

En la imprenta "Dardo" —antes "Sur"— quedaron las "ibarras" con enlaces, las "normandas", y algunas pocas "elzevirianas" y "bodonis", procedentes del antiguo local de la calle San Lorenzo. En la máquina plana de la imprenta "Dardo" —antes "Sur"— un periodista y pintor de exquisito gusto, Santiago Arbós, valiéndose sobre todo de las "ibarras", tan propicias al neoclásico tono imperante, inició la colección "Meridiano", en la que vieron la luz libros de poesía de Enrique Llovet, de Sebastián Souvirón, de Pérez Clotet, y más tarde, de Muños Rojas.

El día primero de noviembre de 1952, nació la revista "Caracola", por iniciativa y bajo la dirección de José Luis Estrada. "Caracola" (como debe ser) tuvo malos principios (siempre recordaré con horror aquella topiquera plegaria de don Jacinto Benavente, a la sazón ya chocheante). Pero "Caracola" levantó su inicial rumor informe, hasta hacer de él un cántico, paralelo al "Cántico" de Córdoba. La poesía andaluza, por ello, le debe mucho a José Luis Estrada y a las voluntades que aunó.

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERR
Centro Virtual Cervantes

La tradición tipográfica malagueña, continuada por Bernabé Fernández-Canivell, fue seguida después por Rafael León y por otros, entre los que se encuentra el granadino Pepe Mercado. Angel Caffarena inició y sigue sus ediciones "El Guadalhorce". Y José María Amado registró a su nombre la marca "Litoral", y he de confesar que cada día hace mejor su revista.

En Granada, la revitalización literaria surgió, en la década de los 40, desde la Facultad de Letras. La revista "Norma" (con un suplemento poético que se llamó "Don Alhambro") consiguió congregar a colaboradores universitarios, como Elena Martín Vivaldi y Julio Alfredo Egea, y a los ajenos a la Universidad, como Gallardo, Gutiérrez Padial, Rafael Guillén y José Ladrón de Guevara. Antonio Gallego fundó "Molino de papel"; y Guillén y Guevara, la colección "Veleta del sur". Luego vinieron "Poesía 70", "Redondel", "Tragaluz", "Aleph" y "Acequia", "Anútema" y "Colectivos/1". En la Granada actual, frente a un sector radicalmente esteticista, se manifiesta una orientación hacia la poesía de compromiso.

Sevilla es un mundo. En Sevilla confluyen los centros andaluces, que son muchos: en Sevilla misma, son muchos. Al menos, desde la generación del 27 a los taifas del cincuenta y tantos, ha sido estudiada la poesía sevillana por Juan de Dios Copete, en su libro *Poetas de Sevilla,* editado en 1971 por la Caja de Ahorros de San Fernando. En sus "Notas para una síntesis de urgencia", Copete llega a la tremenda conclusión de que en Sevilla la crisis poética tiene —tenía, al menos, en 1971— un solo nombre: Joaquín Caro Romero. Yo me permito recordar que en Sevilla nació "La Trinchera", germen de lo que luego ha sido la barcelonesa colección "El Bardo", dirigida por Batlló. En el primer número de "La Trinchera" ("Frente de poesía libre") colaboraron, allá por el año 1962, Rafael Guillén con otros poetas andaluces, como Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Felix Grande y Jaime Ferrán. "La Trinchera" fue una revista trampolín, que nacionalizó nuevas formas, desde la que —dígase lo que se diga— ha sido siempre la capital de las Andalucías.

Me he referido a "La Trinchera" porque Batlló es medio sevillano, medio de la novena provincia andaluza, y porque tengo la convicción de que esa revista significó mucho como antecedente de la recepción ulterior de las voces del sur en Cataluña y Levante. Pero la poesía sevillana de la postguerra, encarnada inicialmente en el patriarca Laffón y en Joaquín Romero Murube, estalló en cientos de grupúsculos, más o menos vinculados a decenas de publicaciones periódicas: "Ixbiliah", "Aldebarán", "Azulejos", "Cal", "Gallo de vidrio".

Cádiz es una balanza con dos platillos: en uno está Pemán (a quien se quiere, a quien se respeta, pese a sus gangas conservadoras); en el otro Alberti, el que perdió su arboleda. En Cádiz nacieron Juan Ruiz Peña, trasplantado en Salamanca (enclave que tanto gusto tiene de Andalucía), y Pedro Pérez Clotet, natural de Villaluenga del Rosario, y arraigado en Ronda. La revista "Caleta", dirigida por José Manuel García Gómez, publicó, en entrega extraordinaria, una antología de los poetas pertenecientes a las últimas generaciones gaditanas. Según el antólogo, debemos distinguir entre los de Cádiz y sus aledaños (Tejada, Carlos Edmundo de Ory —el postista, hoy en alza— y Fernando Quiñones); los de Jerez (Pilar Paz Pasamar, Angel García López); los de Sanlúcar; y los conectados con Málaga (Pérez Clotet y José Luis Cano). Está también el grupo de Arcos —el grupo de "Alcaraván"—, con los Murciano y con Julio Mariscal Montes. En Arcos publicó, hace más de una década, el poeta Luis Jiménez Martos una antología titulada *Poetas del sur.*

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERR
Centro Virtual Cervantes

Aunque me dicen que el Redactor-Jefe del diario "Odiel" está preparando una antología de los poetas onubenses de la postguerra, no creo que en Huelva se hayan dado, en las últimas décadas, movimientos poéticos coherentes. La sombra malva de Juan Ramón creo que sigue errando por allí, nostálgica con jota. Al igual que en Almería, donde la voz de Celia Viñas sigue sonando irrepetible.

En cuanto a Jaén, debe consultarse el número de mayo-junio, 1974, de la revista "Caracola", amorfo pero necesario. Allí están desde Rafael Laínez Alcalá hasta el ultimísimo Antonio Mata, pasando por Juan Pérez Creus, maestro del epigrama.

Dije al principio que aquí, en Andalucía, la poesía es estadísticamente endémica. Pero también he insinuado la existencia de constantes poéticas andaluzas. ¿Existen, en verdad, esas constantes? Y, en caso afirmativo, ¿cuáles son?

Por lo que se refiere a la estructura poemática, dícese que el poeta andaluz propende a lo barroco. ¿Y qué es lo barroco? ¿Una simple floritura pospuesta a las esenciales líneas formales del poema, como mero adorno carente de funcionalidad? Yo creo que no. El árbol no es más auténticamente árbol en otoño que en primavera. La hoja, la flor y el fruto, no sólo no restan entidad al esquema del tronco y de las ramas, sino que constituyen su consecuencia ineludible. Los poetas andaluces son barrocos, en cuanto que tienen la convicción de que las simplicidades son inasibles, y de que no nos es dado comprender el árbol si no nos cobijamos bajo su primaveral o estival sombra completa.

La segunda nota que se asigna al poeta andaluz es su resignado senequismo, o sea su ostentada capacidad de aguante. El mismo don Manuel Azaña hubo de desconcertarse cuando los anarquistas de Casas Viejas se manifiestaron de una manera tan poco consecuente con los estoicos principios andaluces que impregnan nuestra poesía, según sus sabios comentaristas. El poeta andaluz propende, por muy barroco que sea, a centrarse en los temas humanos fundamentales: Dios, la vida, el amor, la muerte... Y tiene total conocimiento de que cuanto no afecta a esos temas es pura frivolidad. Por eso no participó el poeta andaluz de una manera muy activa en el movimiento de la llamada "poesía social".

Cuando Pedro Gimferrer y Guillermo Carnero publicaron sus primeros libros, los andaluces pensamos que el concepto andaluz de la poesía empezaba a ser tenido en cuenta: que habíamos encontrado una suerte de solidaridad, más allá de nuestras fronteras regionales. Se llamó hallazgo a lo que hasta entonces se había llamado adorno. Se redescubre a Ricardo Molina, a Pablo García Baena, a Soto Vergés, a Alvarez Ortega y a Caballero Bonald. Se descubre más tarde a Enrique Morón, a Antonio Carvajal y a Pérez Estrada. Quedan aún muchas tierras por descubrir. Lo que importa es que sepan, más allá de Puerto Lápice, que no toda la poesía de aquí abajo se acaba en los antologados por Bruno Portillo y Enrique Vázquez, en 1914, ni siquiera en los recogidos por José Luis Cano en 1952.

¿Brota ahora una nueva voz de Andalucía? Pienso que no, pero que ahora los poetas andaluces no tienen que ir a opositar a Madrid, "castillo famoso/que al rey moro infunde miedo". Ni tienen por qué celebrar, con docilidad servil, uncidos a las carretes de las romerías oficiales, el natal dichoso de Alimenón.

Sin embargo, es preciso que los andaluces contemos con nuestras propias editoriales y nuestras propias —y eficientes— distribuidoras. Bien están las ediciones numeradas

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERRA
Centro Virtual Cervantes

para los bibliófilos. Pero no lograremos que la literatura andaluza tenga la resonancia que debe tener, mientras los escritores del sur sigan dependiendo de los gustos impuestos por los escritores del norte. Hoy están de moda las letras andaluzas, porque un grupo de jóvenes catalanes y levantinos han volcado su atención sobre ellas. ¿Y mañana? ¿No se nos volverá a tachar mañana de preciosistas? ¿No se volverán a correr mañana los metálicos telones de la incomprensión, con el pretexto de que los sureños no nos ponemos a tono con lo exigido por el cambio de los tiempos? Las voces de un grupo humano son tanto más autóctonas, cuanto más siguen, con total independencia, sus propias evoluciones. La poesía andaluza, como la poesía de todos los pueblos, tiene su veta popular y su veta culta: en cada una de estas vetas se da, y se dará siempre, un filón válido y una ganga tarada de falsedad. Pero hemos de ser nosotros, no la crítica centralizada, los que discriminemos entre lo que merece ser difundido y lo que ha de quedar como pecado oculto.

Hay que reconocer que algunas Universidades de nuestra región están llevando a cabo una plausible tarea al respecto. La de Granada y la de Sevilla, cuentan con Servicios de Publicaciones en los que se presta especial atención a la literatura y a la poesía andaluzas. Pero siempre falla la distribución. Los organismos comercialmente asépticos suelen dar por finalizada su labor con el alumbramiento del libro. Lo que pase después no les importa. Lo alumbrado —es un decir— se amontona en algún polvoriento rincón de las estancias burocráticas, a la espera de que alguién se entere de su existencia y sepa luchar a brazo partido con las dificultades que comporta la consecución de un ejemplar.

Siempre nos están exigiendo responsabilidades, ¿Pero a quiénes acudimos los andaluces con igual demanda? Es cierto que, en parte, somos culpables de descargar nuestras obligaciones en los que, llovidos de lo alto, rigen nuestros destinos. Mas, ¿no nos han malacostumbrado a ello? Después de tantos siglos de sumisión a tutela dativa (tales supuestos incapaces), ¿cómo es posible que nos esforcemos en valernos por nosotros mismos, si se nos sigue regateando el voto de confianza de la manumisión?

BOLETÍN AEPE Nº13, OCTUBRE 1975. Alfonso CANALES. LA POESÍA ANDALUZA EN LA POSTGUERR
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes